

La Vida es Corta. Sirve a Dios Ahora.

De Juan Calvino, *Comentario sobre el Libro de los Salmos*,
trad. Rev. James Anderson (Edimburgo, Escocia: Calvin Translation Society, 1846), Vol.
III, 463-474.

Salmo 90:3-8

3. Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, Y dices: Convertíos, hijos de los hombres.

4. Porque mil años delante de tus ojos Son como el día de ayer, que pasó, Y como una de las vigiliias de la noche.

5 Los arrebatas como con torrente de aguas; son como sueño, Como la hierba que crece en la mañana.

6 En la mañana florece y crece; A la tarde es cortada, y se seca.

7 Porque con tu furor somos consumidos, Y con tu ira somos turbados.

8 Pusiste nuestras maldades delante de ti, Nuestros yerros a la luz de tu rostro.

La brevedad de la vida humana

3. *Vuelves al hombre hasta ser quebrantado.* Moisés, en primer lugar, menciona **cuán frágil y transitoria es la vida del hombre**, y lamenta sus miserias. Esto lo hace, no con el propósito de pelear con Dios, sino como un argumento para inducirlo más fácilmente a ejercer Su misericordia, así como en otra parte se dice que Él perdona a los hombres mortales, cuando Él considera de lo que están hechos, y recuerda que no son más que polvo y hierba (Salmo 103:14).

Él compara el curso de nuestra vida con un anillo o círculo, porque Dios, colocándonos en la tierra, nos hace girar dentro de un circuito estrecho, y cuando hemos llegado al último punto, nos hace volver a Él en un momento. Hemos establecido aquí una **definición simple de nuestra vida**, que es, por así decirlo, **una breve revolución en la que completamos rápidamente nuestro círculo**, cuyo último punto es la terminación de nuestro curso terrenal.

Este relato de la vida humana pone en una luz más clara la manera misericordiosa en que Dios trata a Sus siervos, al adoptarlos como Su pueblo peculiar, a fin de reunirlos en Su herencia eterna. Y no en vano se añade: a modo de contraste (versículo 4) *que mil años delante de los ojos de Dios son como el día de ayer*. **Aunque estamos convencidos por experiencia de que los hombres, cuando han completado su círculo, son inmediatamente sacados del mundo, sin embargo, el conocimiento de esta fragilidad no logra hacer una profunda impresión en nuestros corazones, porque no levantamos los ojos por encima del mundo.**

Los hombres creen tontamente que vivirán para siempre y permiten que las preocupaciones de esta vida desplacen todos los pensamientos de Dios y de la eternidad.

De donde procede la gran estupidez de los hombres, que, atados al estado actual de existencia, proceden en los asuntos de la vida como si fueran a vivir dos mil años, pero ¿porque no elevan sus concepciones por encima de los objetos visibles? **Cada hombre, cuando se compara con los demás, se lisonjea de que él vivirá hasta una edad avanzada.** En resumen, los hombres son tan torpes como para pensar que

treinta años, o incluso un número menor, son, por así decirlo, una eternidad; ni se impresionan con la brevedad de su vida mientras este mundo conserve la posesión de sus pensamientos.

Esta es la razón por la **que Moisés nos despierta elevando nuestras mentes a la eternidad de Dios, sin cuya consideración no percibimos cuán rápidamente se desvanece nuestra vida.** La imaginación de que tendremos una larga vida se asemeja a un sueño profundo en el que todos estamos entumecidos, hasta que la meditación sobre la vida celestial se traga esta tonta fantasía con respecto a la duración de nuestra permanencia en la tierra.

Como los hombres están así cegados, Moisés pone ante sus ojos a Dios como su juez. *¡Oh Señor!* como si hubiera dicho: si los hombres reflexionaran adecuadamente sobre esa eternidad desde la cual contemplan estos círculos inconstantes del mundo, no darían tanta cuenta de la vida presente. Pero como, en lugar de considerar seriamente lo que es la verdadera duración, más bien apartan voluntariamente sus ojos del cielo, esto explica por qué son tan estúpidos y miran en un día como si fueran cien años. . . .

Este texto es citado por el apóstol Pedro en un sentido algo diferente (2 Pedro 3:8), mientras que al mismo tiempo él no lo pervierte, porque aplica acertada y juiciosamente el testimonio de Moisés para ilustrar el tema que está tratando allí. El designio de Moisés es elevar las mentes de los hombres al cielo, apartándolos de sus propias concepciones groseras. ¿Y cuál es el objeto de Pedro? Como muchos, debido a que Cristo no apresura Su venida de acuerdo con su deseo, desechan la esperanza de la resurrección por el cansancio de la larga demora, él corrige esta impaciencia absurda con un remedio muy adecuado. Él percibe que la fe de los hombres en las promesas divinas se desmaya y fracasa, por pensar que Cristo demora demasiado Su venida. ¿De dónde procede esto, sino porque se arrastran sobre la tierra? Por lo tanto, Pedro aplica apropiadamente estas palabras de Moisés para curar este vicio.

Como **la indulgencia en los placeres a los que se entregan los incrédulos se debe a esto, que teniendo sus corazones demasiado puestos en el mundo, no prueban los placeres de una eternidad celestial;** De modo que la impaciencia procede de la misma fuente. Por lo tanto, aprendemos el verdadero uso de esta doctrina.

¿A qué se debe el hecho de que tengamos una ansiedad tan grande acerca de nuestra vida, que nada nos baste y que estemos continuamente perturbándonos, sino porque imaginamos tontamente que anidaremos en este mundo para siempre? Además, ¿a qué hemos de atribuir esa extrema inquietud e impaciencia que hacen que nuestros corazones desfallezcan en la espera de la venida de Cristo, sino a su humillación sobre la tierra? Aprendamos, pues, a no juzgar según el entendimiento de la carne, sino a depender del juicio de Dios; y **elevemos nuestras mentes por la fe, aun a Su trono celestial, desde el cual Él declara que esta vida terrenal no es nada.**

Moisés tampoco contrasta simplemente mil años con un día, sino que los contrasta con el *ayer*, que ya se ha ido; porque todo lo que todavía está ante nuestros ojos se apodera de nuestra mente, pero el recuerdo del pasado nos afecta menos.

Con respecto a la palabra *vigilia*, los antiguos, como es bien sabido, tenían la costumbre de dividir la noche en cuatro viglias, que constaban de tres horas cada una. Para expresar aún más enérgicamente cuán insignificante es a los ojos de Dios lo que nos

parece un largo período, se añade esta semejanza: que mil años a sus ojos no difieren en nada de tres horas de la noche, en las que los hombres apenas saben si están despiertos o dormidos.

5. Los arrebatos como con torrente de aguas. Moisés confirma lo que él había dicho anteriormente: que los hombres, mientras ellos son peregrinos en este mundo, realizan, por así decirlo, una revolución que dura sólo un momento. No limito la expresión a arrastrar, como con un diluvio, a *calamidades de un tipo más grave, sino que considero que la muerte se compara simplemente en general con un diluvio, porque cuando hemos permanecido un poco de tiempo en el mundo, caemos inmediatamente en el sepulcro y nos cubrimos de tierra.* Así, la muerte, que es común a la todo, se llama con propiedad *inundación*. Mientras respiramos el aliento de la vida, el Señor nos desborda por la muerte, así como los que perecen en un naufragio son engullidos en el océano, de modo que la muerte puede llamarse con propiedad un diluvio invisible.

Y Moisés afirma que entonces se ve evidentemente que los hombres que se lisonjean de poseer un vigor maravilloso en su curso terrenal, están tan dormidos. La comparación de la hierba que se añade, equivale a esto: que los hombres salen por la mañana cuando brota la hierba, que se vuelven verdes, o fallecen dentro de un tiempo corto; al ser cortados, se marchitan y se descomponen. . . .

Esta doctrina requiere ser meditada continuamente; Porque, aunque todos confesamos que nada es más transitorio que nuestra vida, sin embargo, cada uno de nosotros pronto se ve arrastrado, por decirlo así, por un impulso frenético de imaginar a su propia imaginación una inmortalidad terrena.

Quien tiene en cuenta que él es mortal, se refrena, para que en lugar de tener su atención y afectos absortos más allá de toda medida con los objetos terrenales, pueda avanzar con prisa hacia su objetivo. Cuando no ponemos límite a nuestras preocupaciones, necesitamos ser impulsados hacia adelante por continuos estímulos, **para que no podamos soñar de mil vidas en lugar de una, que no es sino como una sombra que se desvanece rápidamente.**

7. Porque con tu furor somos consumidos. Moisés hace mención de la ira de Dios deliberadamente, porque es necesario que los hombres se conmuevan con el sentimiento de esto, a fin de que consideren seriamente lo que la experiencia les obliga a reconocer, cuán pronto terminan su carrera y mueren.

Él tenía, sin embargo, otra razón para unir la **brevedad de la vida humana y la ira de Dios.** Mientras que los hombres son por naturaleza tan transitorios y, por así decirlo, sombríos, los israelitas fueron afligidos por la mano hostil de Dios; y su ira es menos soportable por nuestra frágil naturaleza, que se desvanece rápidamente, de lo que sería si estuviéramos provistos de algún grado tolerable de fuerza.

8. Pusiste nuestras maldades delante de ti. Para mostrar que con esta queja está lejos de tener la intención de murmurar contra Dios, él afirma que la ira divina, por terrible que haya sido, era justa, ya que el pueblo la había provocado con sus iniquidades; porque aquellos que, cuando son golpeados por la mano divina, no son llevados a una verdadera humillación, se endurecen más y más. **La verdadera manera de sacar provecho, y también de dominar nuestro orgullo, es sentir que Él es un juez justo.**

En consecuencia, Moisés, después de haber enseñado brevemente que los hombres por naturaleza se desvanecen como el humo, deduce de esto que no es de extrañar que Dios exanime [estalle] y consuma a aquellos a quienes Él persigue con Su ira. Debe observarse la manera en que se describe a Dios como mostrando las señales de Su ira: *Él pone ante Sus ojos las iniquidades de los hombres*. De aquí se deduce que **cualquier interrupción del castigo que experimentemos debe atribuirse en justicia a la paciencia de Dios, que entierra nuestros pecados para perdonarnos.**

. . . [El contraste entre *nuestros pecados secretos* y la luz del rostro de Dios] implica que los hombres se esconden en las tinieblas y se envuelven en muchos engaños, mientras Dios no resplandece sobre ellos con la luz de Su juicio; mientras que, cuando Él los saca de sus subterfugios, por medio de los cuales se esfuerzan por escapar de Él, y pone ante sus ojos los pecados que ocultan por la hipocresía, siendo subyugados por el temor y el pavor, son llevados sinceramente a humillarse ante Él.

Salmo 90:9-10

9. Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira; Acabamos nuestros años como un pensamiento.

10. Los días de nuestra edad son setenta años; Y si en los más robustos son ochenta años, Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, Porque pronto pasan, y volamos.

9. *Porque todos nuestros días han pasado en Tu indignación.* . . . [En] mi opinión Moisés . . . amplía lo que él ha dicho anteriormente sobre **el rigor de la ira de Dios**, y Su estricto examen de cada caso en el que castiga el pecado. Afirma que este terror que Dios trajo a Su pueblo no fue solo por un corto tiempo, sino que se extendió sin interrupción hasta la muerte.

Se queja de que los judíos casi se habían consumido por las continuas miserias; porque Dios no remitió ni mitigó Su ira. Por lo tanto, no es sorprendente encontrarlo declarando que sus años pasaron como un *pensamiento*, cuando la ira de Dios descansó en ellos tan incesantemente.

La vida es muy corta. Históricamente, en promedio, las personas viven alrededor de 70 años o hasta 80.

10. *En los días de nuestros años hay setenta.* Él vuelve de nuevo a la doctrina general respecto a la **precariedad de la condición de los hombres**, aunque Dios no muestre abiertamente Su ira para aterrorizarlos. "¿Cuál es", dice, "la duración de la vida? Verdaderamente, si contamos todos nuestros años, al fin llegaremos a los setenta, o, si hay algunos que son más fuertes y vigorosos, nos llevarán hasta los ochenta".

Moisés usa la expresión "*los días de nuestros años*" para enfatizar; porque cuando el tiempo se divide en pequeñas porciones, el número mismo nos engaña, de modo que **nos lisonjamos de que la vida es larga**. Con el fin de derribar estos vanos engaños, permite a los hombres resumir los muchos miles de días que hay en unos pocos años; mientras que él al mismo tiempo afirma que este gran montón pronto se reduce a la nada. Que los hombres extiendan el espacio de su vida tanto como quieran, calculando que cada año contiene trescientos sesenta y cinco días; Sin embargo, seguramente encontrarán que el plazo de setenta años es corto. Cuando han hecho un cálculo alargado de los días, esta es la suma en la que finalmente resulta el proceso. El que ha llegado a la edad de ochenta años se precipitan a la tumba.

El mismo Moisés vivió más tiempo (Deuteronomio 34:7) y tal vez también lo hicieron otros en su tiempo; pero aquí él habla del término ordinario. E incluso entonces, esos fueron contabilizados viejos, y en cierto modo decrépitos, que llegaron a la edad de ochenta años; de modo que él declara con justicia que sólo los robustos llegan a esa edad.

La vida es difícil, incluso para los jóvenes.

Él pone *orgullo* por *la fuerza* o *excelencia* de la que los hombres se jactan tan altamente. El sentido es que antes de que los **hombres decaigan y lleguen a la vejez, aun en la flor misma de la juventud, se ven envueltos en muchos problemas, y que no pueden escapar de las preocupaciones, el cansancio, las penas, los temores, los sufrimientos, los inconvenientes y las ansiedades a que está sujeta esta vida mortal.**

Además, esto debe referirse a todo el curso de nuestra existencia en el estado actual. Y ciertamente, **el que considera cuál es la condición de nuestra vida desde nuestra infancia hasta que descendemos a la tumba, encontrará problemas y agitación en cada parte de ella.** . . . [Las palabras] *inconvenientes* y *aflicciones* [*o "trabajo y dolor"*] implican que la vida del hombre está llena de trabajo, y cargada de muchos tormentos, y eso incluso en el momento en que los hombres están en el apogeo de su orgullo.

La razón que se añade, porque *pronto pasan, y volamos*, no parece ajustarse al alcance del pasaje, porque la felicidad puede ser breve, y sin embargo, por eso no deja de ser felicidad. Pero Moisés quiere decir que los hombres se glorian insensatamente en su excelencia, ya que, quieran o no, ellos se ven obligados a esperar el tiempo para venirse. **Y tan pronto como abren los ojos, ellos ven que son arrastrados y llevados a la muerte con rápida prisa, y que su excelencia se desvanece a cada momento.**

Salmo 90:11-12

11. ¿Quién conoce el poder de tu ira, Y tu indignación según que debes ser temido?
12. Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, Que traigamos al corazón sabiduría.

El enojo y la ira de Dios deben hacernos muy humildes.

11. *¿Quién conoce el poder de tu ira?* . . . El significado . . . es que mientras Dios se esconde y, por así decirlo, disimula Su desagrado, los hombres se inflan de orgullo y se precipitan sobre el pecado con imprudente impetuosidad; pero cuando ellos se ven obligados a sentir cuán terrible es Su ira, olvidan su altivez y se reducen a la nada.

Lo que sigue: *"Conforme a tu temor, así es tu ira"*, se explica comúnmente como denotando que cuanto más se inspira un hombre con reverencia hacia Dios, tanto más duramente y severamente se le trata comúnmente; porque "el juicio comienza en la casa de Dios" (1 Pedro 4:17). Mientras mimosa a los réprobos con las cosas buenas de esta vida, malgasta a Sus escogidos con continuos problemas; y en resumen, "a quien Él ama, Él disciplina" (Hebreos 12:6). **Es, pues, una doctrina verdadera y provechosa que Él trata más duramente a los que le sirven que a los réprobos.**

Pero Moisés, creo, tiene aquí un significado diferente, que es que **es un santo temor a Dios, y sólo eso es lo que nos hace sentir verdadera y profundamente Su ira.** Vemos que los réprobos, aunque son severamente castigados, sólo se irritan en el bocado, o patalean contra Dios, o se exasperan, o se quedan estupefactos, como si estuvieran endurecidos contra todas las calamidades; tan lejos están de ser sometidos. Y aunque ellos están llenos de angustia y claman en voz alta, sin embargo, la ira divina no penetra tanto en sus corazones como para disminuir su orgullo y fiereza.

Sólo las mentes de los piadosos están heridas con la ira de Dios; ni esperan ellos para Sus rayos, a los que los réprobos extienden sus duros y férreos cuellos, sino que **ellos tiemblan en el momento mismo en que Dios mueve sólo Su dedo meñique.** Considero que este es el verdadero significado del profeta.

Él había dicho que la mente humana no podía comprender suficientemente lo terrible de la ira divina. Y vemos cómo, aunque Dios sacude el cielo y la tierra, a pesar de muchos, como los gigantes de la antigüedad, tratan esto con burla, y son movidos por una arrogancia tan brutal, que lo desprecian a Él cuando blande sus rayos. Pero como el salmista está tratando de una doctrina que pertenece propiamente a los **verdaderos creyentes**, afirma que **ellos tienen un fuerte sentimiento sensible de la ira de Dios que los hace someterse tranquilamente a Su autoridad.**

Aunque para los impíos su propia conciencia es un verdugo que no les permite disfrutar del descanso, sin embargo, este temor secreto está tan lejos de enseñarles a humillarse, que los excita a clamar contra Dios con creciente perversidad [es decir, en un estado de ser obstinadamente contrario y desobediente].

En resumen, **sólo los fieles son sensibles a la ira de Dios, y siendo subyugados por ella, reconocen que no son nada, y con verdadera humildad se dedican enteramente a Él.** Esta es una sabiduría a la que los réprobos no pueden llegar, porque no pueden dejar de lado el orgullo con el que están inflados. No son tocados por el sentimiento de la ira de Dios, porque ellos no temen delante de Él (o no se admiran de Él).

12. Enséñanos de tal modo a contar nuestros días. Algunos se traducen *al número de nuestros días*, que da el mismo sentido. Como Moisés percibió que lo que había enseñado hasta ahora no es comprendido por los entendimientos de los hombres hasta que Dios resplandece sobre ellos por medio de Su Espíritu, ahora se pone a orar. De hecho, a primera vista parece absurdo orar para que sepamos el número de nuestros años. ¿Qué? Puesto que incluso los más fuertes apenas alcanzan la edad de ochenta años, ¿hay alguna dificultad en calcular una suma tan pequeña?

Los niños aprenden los números tan pronto como empiezan a parlotear, y no necesitamos un profesor de aritmética que nos permita contar la longitud de cien con los dedos. **Tanto más repugnante y vergonzosa es nuestra estupidez al no comprender nunca el corto plazo de nuestra vida.** Incluso el que es más hábil en aritmética, y que puede comprender e investigar con precisión y exactitud millones de millones, es incapaz de contar ochenta años en su propia vida.

¡Qué patético es que los hombres y las mujeres puedan sobresalir en matemáticas y ciencias, estudiando geometría, astronomía, ingeniería, pero no puedan medir los días de su propia vida!

Es sin duda una cosa monstruosa que los hombres puedan medir todas las distancias fuera de sí mismos, que sepan a cuántos pies está la luna del centro de la tierra, qué espacio hay entre los diferentes planetas; y, en suma, que pueden medir todas las dimensiones tanto del cielo como de la tierra; mientras que todavía no pueden contar setenta años en su propio caso. Por lo tanto, es evidente que Moisés tenía buenas razones para suplicar a Dios que le permitiera realizar lo que requiere una sabiduría que es muy rara entre la humanidad.

El propósito de la vida para los cristianos

La última cláusula del versículo también es digna de mención especial. Con ella nos enseña que **entonces nosotros aplicamos verdaderamente nuestro corazón a la sabiduría cuando comprendemos la brevedad de la vida humana.**

¿Qué puede ser mayor prueba de locura que divagar sin proponerse ningún fin?

Sólo los verdaderos creyentes, que conocen la diferencia entre este estado transitorio y una eternidad bendita, para la cual fueron creados, saben cuál debe ser el objetivo de su vida.

Ningún hombre, pues, puede regular su vida con una mente estable, sino aquel que, conociendo el fin de ella, es decir, la muerte misma, es llevado a considerar el gran propósito de la existencia del hombre en este mundo, para que pueda aspirar al premio de la vocación celestial.

"El fin de todo el discurso oído es éste: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre" (Eclesiastés 12:13; cf. Mateo 28:20).

"Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables" (2 Corintios 5:9).